

EL FOCO AFRICANO

EDUARDO HARO TECLEN

La situación en África negra se ha comparado con la del principio de la guerra del Vietnam. El afán comparativo tiende, sobre todo, a fijar unos cuantos rasgos comunes para calcular la posibilidad de un desenlace. Con respecto al Vietnam, el perfil que ofrece África es el de una posible intervención armada de los Estados Unidos para estabilizar una situación que se va deteriorando hacia una serie de revoluciones que puede producir una guerra larga y difícil, con características similares, la del enfrentamiento de una gran potencia con todo su aparato militar a un sistema de guerrillas que produzca un enorme desgaste en los atacantes, aun en su propia metrópolis —crisis de sociedad, como la que se produjo en el Vietnam—, que se vaya ampliando en círculos concéntricos y que termine con la derrota y retirada del cuerpo expedicionario. La verdad es que no se puede hacer ley de

una experiencia pasada, y que el hecho mismo de la experiencia anterior puede modificar las condiciones de enfrentamiento. Se alude también a una "balcanización", como recuerdo a una situación europea que condujo a la primera guerra mundial. El parecido reside en que los Estados balcánicos fueron divididos en fronteras artificiales por la presión de las grandes potencias: desaparecieron unos países y se crearon otros nuevos en contra de la voluntad de sus habitantes, y los países dominantes se enfrentaron entre sí. Todavía no han terminado de resolverse los conflictos balcánicos, y algunos de los problemas de los croatas en Yugoslavia, o los enfrentamientos entre Grecia y Turquía, tienen su origen en aquella situación.

África ha sido también un continente falseado, después de haber sufrido el pillaje de Occidente durante siglos. Una gran parte de

las aglomeraciones y de las divisiones en países se debe no a razones de las llamadas naturales, sino al equilibrio mutuo de las naciones europeas en sus zonas de influencia. Se han reunido etnias diferentes en un solo país, produciendo lo que luego se han llamado conflictos interiores —como la costosísima guerra de Biafra—, o se han separado etnias concretas, que tienden a reunirse. En razón del pillaje colonial, las economías de esos países, sus carreteras y sus ferrocarriles, sus organizaciones administrativas, se han creado en virtud del hecho colonial, para la mejor explotación y extracción de riquezas, y no para favorecer al país en sí. Se han creado familias, dinastías políticas, en virtud de su adhesión a la metrópolis —en las que han estudiado y de las que han recibido dinero y armas para el poder—: se han trufado de servicios secretos y de espionaje, se han colocado técnicos que favore-

cen en sus acciones al país que los envía, se han superpuesto idiomas. El final de la colonización directa marcó el principio de la nueva colonización —o colonialismo—, que era una continuación del pillaje por otros medios. Occidente se ha comportado así en razón de una necesidad histórica que no encuentra recambio. Todo el gran sistema industrial y consumista de Occidente está basado en esta explotación de países, de los que extrae sus materias primas y su mano de obra más barata. Y cada vez que hay un estremecimiento en esos países, Occidente tiembla, como en la actual crisis de la energía, que no es más que la carestía impuesta a una materia prima. Y al decir Occidente no nos referimos solamente a la parte del mundo que tomó este nombre considerado como ilustre, sino también a una nación occidental que ha tomado parte en todos los conflictos generales de Occidente, como es Rusia: nadie puede olvidar su papel en el conflicto de los Balcanes y en las dos guerras mundiales. Convertida ya en la URSS, su papel colonial fue totalmente disminuido en la expansión occidental por la discriminación y cerco a que fue sometido. Su economía tuvo que orientarse de otra forma en razón de la falta de un imperio al que explotar, y, por tanto, las crisis actuales le son menos dolorosas. Pero le llegan por otros caminos, y su interés por la situación es enorme. En este caso de África, tiene un enorme terreno a su favor. Los africanos consideran su explotación actual como un problema de clases sociales, de una explotación llevada al máximo. Tienen tensión revolucionaria o, como se dice en el idioma comunista, existen en ella condiciones objetivas para la revolución. La Unión Soviética ha perdido en Europa su condición de faro de las revoluciones, en razón de que aquí no hay tensión revolucionaria, de que ella misma ha abierto otros caminos con la doctrina de la coexistencia. Pero no ha perdido esa condición en África. Sobre todo, cuando se da la paradoja de que China se alinea en el lado contrario. China, que quiso crear la ONU de los pobres, que trató de unir en torno suyo a los "países proletarios", ha perdido esa tensión y sigue manteniendo que su principal enemigo es la URSS.



David Owen, ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, se entrevista en Dar es Salam con el Presidente de Tanzania, Julius Nyerere, en busca de una solución para Rhodesia.

Lo cual se considera como una prueba de que los problemas de potencias están por encima de los grandes temas ideológicos —el revestimiento de ideología en el enfrentamiento entre China y la URSS es sobre todo ficticio— y lo que a China le interesa es que la URSS no gane posiciones en el mundo. Ya en Angola los chinos estuvieron del otro lado de las barricadas, y vuelven ahora a repetir su misma acción en el Zaire, o antiguo Congo Belga, al que se ha trasladado en pleno la crisis africana. La balcanización del Zaire (1) es un hecho claro, y la explotación de sus ciudadanos a través de un poder representado por Mobutu también lo es. Hay tropas belgas, hay aviones franceses —y no sólo los que han servido de transporte de tropas, sino también los cazas estacionados en Gabon—, hay consejeros norteamericanos. Se ha dicho que hay cubanos: no parece que sea cierto por ahora. La denuncia se basa solamente en que se han visto luchadores "con aspecto de cubanos". Pero puede llegar a haberlos, como los hubo en Angola. La visita de Fidel Castro a la región, coincidente con la de Podgorny —Presidente del Soviet Supremo—, y la entrevista de los dos dirigentes en Moscú son hechos muy significativos. Hay combatientes marroquíes —unos 1.500 solda-

dos— transportados por los aviones franceses: han entrado ya en batalla. Y hay soldados enviados por Rhodesia y por África del Sur, cuyas minorías blancas gobernantes son las más directamente amenazadas por la situación.

Todo ello da los datos necesarios para un conflicto a escala mundial. En otros tiempos hubiera supuesto ya la guerra o un preludio de guerra: como la de los Balcanes. Estos son otros tiempos. Sabemos que "la guerra es imposible": no hay que confiar mucho en ello. La imposibilidad actual de la guerra se basa todavía en que ninguno de los dos grandes bloques que se enfrentan tienen seguridad de poderla ganar sin terribles destrozos: que aparezca una de esas armas que se han considerado siempre como "absolutas" —sea cual sea su naturaleza: en un tiempo remoto fue simplemente la invención del estribo...— y tendremos la guerra encima.

La posibilidad mayor es la de una guerra de tipo convencional sobre el terreno, sin ruptura de hostilidades entre los "grandes", aunque la noción de riesgo y de peligro no se extinga. La intervención de Marruecos y de otras naciones africanas puede producir una ruptura en la organización de Estados africanos, puede llegar a provocar una guerra general, una guerra continental en África. Siguiendo con el vicio de las comparaciones, África tendría ahora

una guerra de constitución de nacionalidades como las que tuvo Europa en siglos pasados, aunque a veces se disfrazaran de "guerras de religión". Sólo que Europa era entonces el mundo entero —el mundo que contaba— y África tiene ahora la superposición de las grandes potencias militares del mundo. Hay países que aceptan y requieren la ayuda soviética, aun por medio de Cuba, y los hay que reclaman la intervención de los Estados Unidos o sus afines (sus gobernantes han sido instalados por ellos); otros piden que el conflicto no se internacionalice y se reduzca a los términos puramente africanos. La verdad es que la revolución iniciada en Angola, después de tantos otros brotes frustrados —como el de Lumumba en este mismo Congo que ahora se llama Zaire—, puede extenderse por todo un continente que si antes estuvo humillado, maltratado y explotado por los "blancos", ahora lo está por las minorías que ejercen el poder.

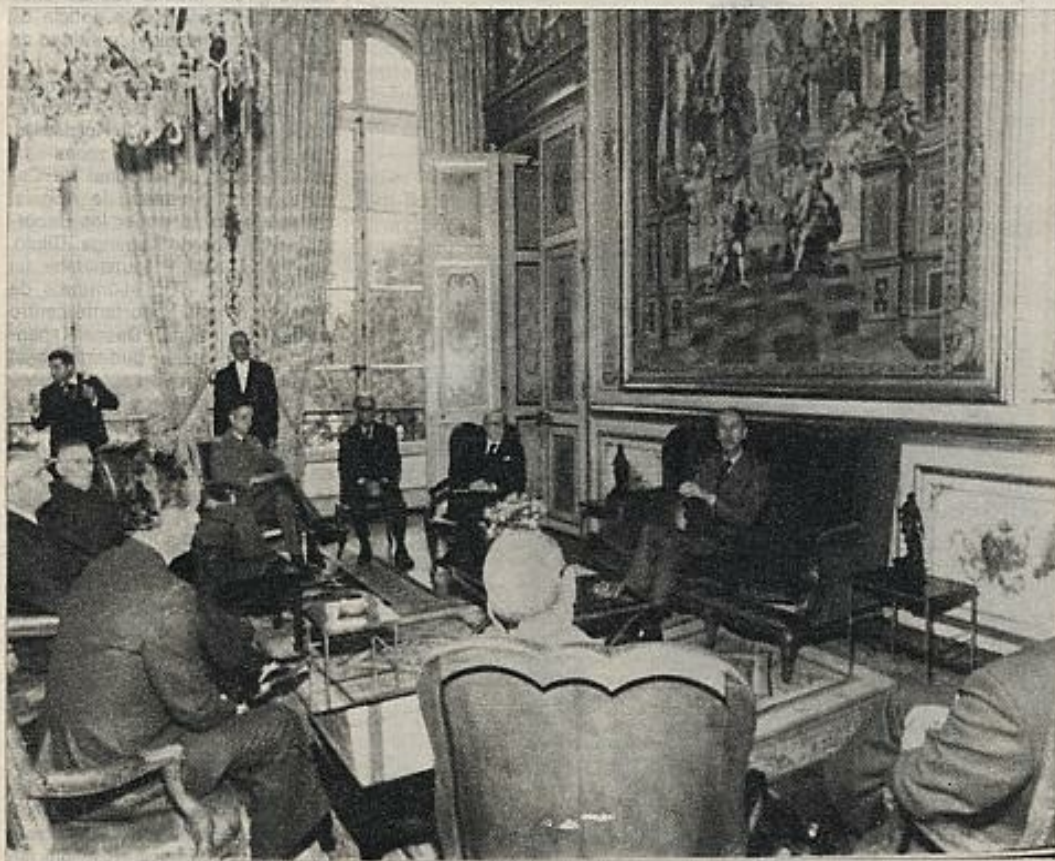
La situación se traslada al interior de los países que intervienen, y se eriza entre ellos. En Marruecos hay un descontento importante por el envío de tropas: no se manifiesta por la naturaleza del régimen de Hassan II. En Francia, Giscard ha perdido gran parte de su opinión por el envío de aviones, realizada sin consulta a la Asamblea y como un hecho consumado. No ha sido un acto gratuito.

París recibe toda clase de presiones de los países africanos considerados como aliados —es decir, aquellos en que la influencia francesa es muy grande— para que de alguna forma contrarreste las intervenciones extranjeras en África (los cubanos), y está amenazado por ellos: necesitaba hacer un cierto gesto de "no indiferencia". Pero puede costarle muchos votos en las elecciones. No es sólo el envío de aviones lo que se le reprocha, sino que ello podría indicar una intervención francesa en algún momento, y ello aterra a los franceses, que no olvidan fácilmente el costo de sus últimas expediciones en Indochina y en Argelia. Ha recibido ya Giscard alguna advertencia por parte de la Embajada soviética en París, y Francia tampoco quiere renunciar al importante mercado de los países del Este.

En Washington, Carter oye continuamente las invocaciones a la guerra del Vietnam. Trata de maniobrar para que los combatientes en su favor sean otros —ahora, los marroquíes—, pero si tuviera finalmente que enviar un cuerpo expedicionario, sería rápidamente el Presidente más impopular de la historia de su país —tan abundante en ellos—. China acusa a la URSS de querer implantar una "hegemonía mundial" por su acción africana. La URSS, a su vez, explica que lo único que desea es evitar la intervención de otros: "hace mucho tiempo que los pueblos han dejado de ser los sujetos pasivos de la Historia", dice Brejnev. En el fondo, todos los intervencionistas se defienden diciendo que sólo intervienen para evitar o contrarrestar la intervención de los demás.

La solución más probable —esto es, la salida: solución no es, en realidad— consiste en la ulceración del conflicto, como ha pasado en Oriente árabe. Parece que Mobutu, en estos momentos, ha pasado lo peor de sus crisis y tiende a estabilizarse algo más: la guerra de desgaste continuaría. La situación se iría pudriendo desde el Zaire hasta Rhodesia y África del Sur, como se fue pudriendo lentamente en Indochina a partir del Vietnam. Puede mantenerse así durante años: pero puede también enzarzar a todo el continente en una guerra continental. La intervención de Marruecos ya no limitaría solamente al África negra la cuestión, sino que la llevaría al África mediterránea. Lo cual puede ser extremadamente grave para la OTAN, para Europa, que vería así de nuevo el flanco mediterráneo ardiendo de nuevo, en una guerra que tendría como protagonistas en esa zona a Marruecos, Argelia, Libia... De donde la magnitud del conflicto podría llegar a la zona del Oriente árabe...

Pero todo ello es ir demasiado lejos, demasiado imaginativamente. Es una posibilidad, no es una certidumbre. ■



Giscard decidió enviar aviones para transportar armas marroquíes al Zaire sin consultar a la Asamblea y como un hecho consumado. En la foto, el Presidente francés, acompañado del ministro de Exteriores, Guiringaud, durante la reunión con los líderes de la mayoría en el Eliseo para explicar su decisión.